tierra, nos impelia el mar contra unas puntas de rocas que nos hubieran hecho pedazos : pero procurábamos presentarlas la punta de nuestro mástil, del cual hacia Mentor lo que un diestro piloto hace del mejor timon. Así evitamos aquellas terribles rocas, y hallamos por fin una orilla suave y llana, donde, nadando sin trabajo, llegamos sobre la arena. Allí fué donde nos visteis, o gran diosa que habitais esta isla, y allí donde os dignasteis acogernos

LIBRO SÉPTIMO.

SUMARIO.

ADMIRA Calipso á Telémaco en sus aventuras, y no perdona medio para retenerle en su isla, empeñándole en su amor. Mentor sostiene Telémaco con sus amonestaciones contra los artificios de la diosa y contra Cupido que Venus habia conducido en su auxilio. Sin embargo Telémaco y la Ninfa Eucaris conciben una mutua pasion, que al principio excita los zelos de Calipso, y despues su enojo contra ambos. Jura por la Estigia que Telémaco saldrá de la isla. Va Cupido á consolarla, y obliga á sus Ninfas á que, mientras Mentor se llevaba á Telémaco para embarcarse, quemasen el navío que á este fin habia hecho. Alégrase interiormente Telémaco de verle arder, y conociéndolo Mentor, le precipita en el mar y se arroja él mismo en él, para ganar á nado otro navío que veia cerca de la costa.

Cuando Telémaco hubo concluido esta narracion, todas las Ninfas, que hasta entonces habian permanecido inmóviles, y fijas en él los ojos, se miraban unas á otras. Se decian con admiracion · ¿Quienes serán estos hombres tan favorecidos de los dioses? ¿Cuando jamás se ha oido hablar de tan maravillosas aventuras? El hijo de Ulises ya aventaja á su mismo padre en elocuencia, en sabiduría y en valor ¿Que semblante! que hermosura! que afabilidad y que modestia! y tambien que gallardía y que grandeza! Si no supiésemos que es hijo de un mortal, era fácil que le tomásemos por Baco [1], ó Mercurio [2],

1. Baco, hijo de Júpiter y de Semele, hija de Cadmo, rey de Tébas, inventó el uso del vino, del cual le han hecho dios los poetas. Le inmolaban asnos y machos cabríos, para significar que los que se dan con exceso al vino se vuelven estúpidos y lujuriosos.

2. Mercurio, hijo de Júpiter y de Maia, hija de Atlas, era el intérprete y mensagero de los dioses. Era el dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones.

o acaso por el mismo Apolo [1]. Pero ¿quien será este Mentor, que á primera vista parece un hombre sencillo oscuro y de mediana condicion? cuando se le mira detenidamente se descubre en él no sé qué de superior al hombre.

No podia Calipso disimular la turbacion que estos discursos la causaban. Sus ojos vagarosos iban sin cesar de Mentor á Telémaco y de este á Mentor. Tan pronto queria que este volviese á empezar esta larga historia de sus aventuras; tan pronto ella misma le interrumpia. En fin, levantándose precipitadamente, condujo a Telémaco solo á un bosque de arrayanes, é hizo todos sus esfuerzos para saber de él si Mentor era alguna divinidad oculta bajo figura humana. Pero Telémaco no podia decírselo, porque Minerva que le acompañaba bajo la figura de Mentor no se habia revelado á él á causa de sus pocos años. No fiaba bastante en su discrecion para confiarle sus designios. Queria ademas probarle por medio de los mayores riesgos: y si Telémaco supiera que estaba con él Minerva, no reparara en despreciar los mas espantosos lances. Así que tenia á Minerva por Mentor, y de consiguiente fueron inútiles los artificios de Calipso, para descubrir lo que anhelaba saber.

Mientras tanto todas las Ninfas reunidas al rededor de Mentor se complacian en hacerle preguntas. Esta queria saber las circunstancias de su viaje á Etiopia. aquella lo que habia visto en Damasco: esotra le preguntaba si habia conocido á Ulises antes del sitio de Troya. A todas satisfizo con afabilidad; y sus palabras, aunque sencillas, eran llenas de gracia.

No dió Calipso lugar á que esta conversacion durase mucho; volvió y mientras las Ninfas cogian flores, y cantaban para divertir á Telémaco, llamó a Mentor aparte para estimularle á que hablase. El dulce vapor del sueño no mana mas suavemente en los pár-

1. Apolo, hijo de Júpiter y de Latona, es llamado inventor de la medicina, de la lira, de la poesia y del arte de adivinar. Es tambien príncipe de las Musas.

pados cargados y en los fatigados miembros de un hombre rendido de cansancio, de lo que se insinuaban las palabras lisonjeras de Calipso para halagar el corazon de Mentor; mas ella sentia cierto no sé qué que rechazaba todos sus esfuerzos, y que se burlaba de sus hechizos. Semejante á una roca escarpada que esconde su cima en las nubes, y que se burla del furor de los vientos Mentor, constante en sus sabios designios, se dejaba instar por Calipso. Aun á veces le dejaba esperar que lograria embromarle con sus preguntas, y que sacaria la verdad de lo intimo de su pecho. Pero en aquel momento en que creia satisfacer su curiosidad, quedaban desvanecidas sus esperanzas: todo lo que se pensaba tener se le escapaba súbitamente; y una breve respuesta de Mentor volvia á sumergirla en sus incertidumbres.

Así pasaba los dias, ora lisonjeando á Telémaco, ora discurriendo medios de separarle de Mentor, de quien no esperaba ya sacar palabra. Valíase de las Ninfas mas bellas, para que encendiesen la llama del amor en el corazon del jóven; y para que mas bien lo consiguiese, vino en su socorro otra deidad mas poderosa.

Resentida todavía Vénus contra Mentor y Telémaco, por el desprecio que hicieron del culto que se la daba en Chipre, no podia ver sin dolor que estos dos hombres temerarios se hubiesen librado del furor de los vientos y del mar en la tempestad que á sus ruegos excitó Neptuno contra ellos. Hizo amargas quejas á Jove: pero, sonriéndose el padre de los dioses, sin querer revelarla que era Minerva la que, bajo la figura de Mentor, habia salvado al hijo de Ulises, dejó á su arbitrio los medios de vengarse de ambos.

Desciende Vénus del Olimpo; olvida los suaves perfumes que arden en sus altares de Pafos, Citeres é Idalia: vuela en su carro tirado de palomas, llama a su hijo, y cobrando con el dolor nuevas gracias su semblante, le habla así:

¿Ves, hijo mio, esos dos hombres que desprecian tu poder y el mio? ¿Quien de hoy mas querrá adorarnos? Ve, hiere con tus flechas esos dos corazones insensibles: desciende conmigo á esta isla;

hablaré á Calipso. Dijo : y hendiendo los aires en una dorada nube, preséntase á Calipso, que se hallaba sola junto á una fuente, bastante lejos de su gruta.

Desgraciada diosa! le dijo : el ingrato Ulises te ha despreciado; y su hijo, que aun es mas cruel, te prepara iguales desprecios : mas el Amor mismo viene á vengarte. Ahí te le dejo : él vivirá entre tus Ninfas, como en otro tiempo el niño Baco, que fué criado entre las de Naxos[1]. Telémaco le mirará como á otro niño cualquiera, y no se recelará de él : mas yo te ofrezco que bien pronto esperimentará su poder. Dijo : y subiéndose en la dorada nube de la cual habia salido, dejó tras ella un olor de ambrosía que embalsamó todos los bosques de la Isla.

Quedóse el Amor entre los brazos de Calipso. Aunque diosa, sintió la llama que ya penetraba en su pecho. Para aliviarse, le dió luego á la Ninfa que tenia á su lado, llamada Eucaris : ¡Mas ah! cuantas veces se arrepintió despues de haberlo hecho! Al principio nada parecia mas inocente, mas manso, mas amable, mas ingenuo, mas agraciado que aquel niño. Al verle tan jugueton y complaciente y siempre risueño, era imposible creer que pudiese dar otra cosa mas que placeres; pero apenas se entregara uno á sus caricias, se sentia en ellas un no sé qué de emponzoñado. El maligno y engañoso rapaz no halagaba sino para engañar, y no se reia sino de los crueles males que habia causado, ó que intentaba causar.

No se atrevia á allegarse á Mentor, cuya severidad le arredraba : bien conocia que era invulnerable aquel desnococido, y que estaba fuera del alcance de sus flechas. Mas las ninfas sintieron muy luego los efectos del fuego que este rapaz enciende : no obstante procuraban ocultar la profunda llaga que se iba enconando en sus corazones.

---

1. Esas Ninfas de la isla de Naxos en el mar Egeo, una de la Cicladas, en premio del cuidado que habian tenido de criar á Baco, fueron trasladadas al cielo y convertidas en unas estrellas que llaman las Hiadas.

Entretanto Telémaco, viendo al niño que juqueteaba con las Ninfas, quedó admirado de su amabilidad y hermosura. Le abraza, le toma, ya en sus rodillas, ya entre sus brazos; siéntese agitado de una inquietud interior, sin poder atinar la causa. Cuanto mas procura divertirse inocentemente, tanto mas se aumenta su inquietud, y decae su valor. ¿Veis estas Ninfas? decia á Mentor : ¡cuan diferentes son de aquellas mujeres de la isla de Chipre cuyo poca modestia hacia tan chocante su belleza! Estas beldades inmortales manifiestan una inocencia, una honestidad y una sencillez que encanta. Hablando así, ruborizábase, sin saber porque. No podia callar; mas apenas empezaba á hablar, cuando no acertaba á proseguir; sus palabras eran interrumpidas, oscuras, y á veces no tenian sentido.

Mentor le dijo . ¡O Telémaco! los peligros de la isla de Chipre eran nada comparados con los de que no te rezelas ahora. El vicio grosero horroriza, la impudicicia brutal indigna; pero es mucho mas peligrosa la hermosura modesta, porque se cree que en amarla solo se ama la virtud, se presta el corazon insensiblemente á los engañosos atractivos de una pasion que no se echa de ver sino cuando ya no es tiempo de sofocarla. Huye, pues, mi querido Telémaco! huye de esas Ninfas, que solo por engañarte mejor se te presentan tan discretas : huye los peligros de tu juventud; pero particularmente huye de ese niño que no conoces. Es el Amor, que su madre Vénus ha traido á esta isla para vengarse del desprecio que hiciste del culto que se le tributa en Citeres. Ha herido el corazon de Calipso; ella está apasionada de tí : ha inflamado todas las Ninfas que la rodean; y tú mismo, desgraciado jóven, tú mismo ardes, casi sin saberlo.

Interrumpia Telémaco muchas veces á Mentor, diciendo ¿Pero porque no hemos de permanecer en esta isla? Ulises ya no vive : ¡desde mucho tiempo debe de estar sepultado en los abismos del mar! Pené-

lope, viendo que ni él ni yo hemos vuelto, no habra podido resistirse á tantos pretendientes: su padre Icaro la habrá precisado á aceptar nuevo esposo. ¿He de volver á Itaca para verla en otros lazos, y faltando á la fe que prometió á mi padre? Los Itacenses han olvidado á Ulises; y si nosotros vamos, será solo á hallar una muerte cierta, porque los amantes de Penélope tienen ocupadas las avenidas del puerto, para asegurar mejor nuestra ruina en caso de que volvamos.

He ahí, respondia Mentor, los efectos de una ciega pasion. Búscase con sutileza todas las razones que la favorecen, y uno se aparta por miedo de encontrar las que la condenan. Para nada es uno mas sagaz que para engañarse á sí mismo, y sofocar sus remordimientos. ¿Has olvidado todo cuanto han hecho los dioses por restituirte á tu patria? ¿Como saliste de Sicilia? ¿Las desgracias que padeciste en Egipto no se trocaron repentinamente en prosperidades? ¿Que mano desconocida te sacó de los peligros que en Tiro amenazaban tu cabeza? ¿Despues de tantas maravillas, ignoras aun lo que te tienen reservado los destinos? Pero que digo? tu eres indigno de ello. Por mí, á partir voy; bien sabré salir de esta isla. Hijo ruin de un padre tan prudente y generoso, quédate aqui á pasar una vida muelle y sin honor entre mujeres; haz, á pesar de los dioses, lo que tu padre tuvo por indigno de sí.

Estas palabras de desprecio hirieron á Telémaco hasta en el corazon. Se sentia conmovido á las razones de Mentor; su dolor era mezclado de vergüenza: temia la indignacion y la ausencia de este hombre tan cuerdo, á quien tanto debia; pero una pasion naciente, y que el mismo no conocia, hacia que ya no era el mismo hombre. ¿Pues qué, decia á Mentor, bañados los ojos en lágrimas, en nada teneis la inmortalidad que la diosa me ofrece? Tengo en nada, le respondia, todo lo que es contrario á la virtud y á los decretos de los dioses. La virtud te está llamando á tu patria para que vuelvas á ver á Ulises y á Penélope. La virtud te prohibe que te abandones á una loca pasion. Los dioses

que te han librado de tantos peligros, para prepararte una gloria igual á la de tu padre, te ordenan que salgas de esta isla. Solo el Amor, ese vergonzoso tirano, puede detenerte en ella. Y de que te aprovechara una vida inmortal sin libertad, sin virtud y sin gloria? Semejante vida seria tanto mas desgraciada, cuanto no tendria término

Telémaco solo respondia con suspiros. Algunas veces deseara que le sacase por fuerza de la isla: otras anhelaba el que Mentor se marchase pronto para no tener mas á la vista ese amigo tan severo, que le afeaba su flaqueza. Alternaban en su corazon estos contrarios deseos, y en ninguno permanecia constante: su corazon era como el mar que sirve de juguete á vientos contrarios. Unas veces se quedaba inmóvil tendido en la playa del mar; y otras se encerraba en lo interior de los bosques, y allí lloraba amargamente, y daba gritos semejantes á los rugidos de un leon. Habíase enflaquecido; sus ojos hundidos estaban llenos de un fuego devorador; al verle así tan pálido, abatido y desfigurado, se hubiera creido que no era Telémaco. Su hermosura, su donaire, su noble gallardía se separaban de él. Estaba pereciendo, cual una flor que, habiéndose abierto por la mañana, derrama por el campo su suave fragrancia, y poco á poco se va marchitando hácia la tarde; desaparecen sus vivos colores, desfallece, se seca, y se inclina su linda cabeza, no pudiendo ya sostenerse: así el hijo de Ulises se hallaba á los umbrales de la muerte.

Conociendo Mentor que Telémaco no podia resistir á la fuerza de su pasion, concibió para librarle de tan gran peligro un designio lleno de maña. Habia reparado que Calipso le amaba estremadamente, y que él no amaba menos á la Ninfa Eucaris: así es como el cruel Amor, para atormentar á los hombres, hace que uno desdeñe el cariño de quien mas le ama. Resolvió excitar los zelos de Calipso, y sabiendo que Eucaris tenia dispuesta una cacería con Telémaco, dijo á la diosa: He notado en Telémaco una pasion por la caza que nunca le habia conocido. Esta diversion empieza á hacerle mirar con disgusto todas las demas:

solo en los bosques y en los montes mas retirados vive contento : ¿sois vos, ó diosa, que le inspirais esta ardiente pasion?

Esperimentó Calipso un despecho cruel al escuchar estas palabras, y no pudo contenerse. Ese Telémaco, respondió, que ha despreciado todos los placeres de la isla de Chipre, no puede resistirse ahora á la mediana belleza de una de mis Ninfas. ¿Como se atreve á vanagloriarse de tantas acciones heróicas un hombre cuyo corazon se debilita vilmente por la voluptuosidad, y que solo parece haber nacido para llevar una vida oscura entre mujeres? Notando Mentor con satisfaccion cuanto inquietaban los zelos el corazon de Calipso, no dijo ni una palabra mas, temiendo hacerla entrar en desconfianza; y se contentó con dar á entender su tristeza en el abatimiento del semblante. La diosa le manifestó sus pesares sobre cuanto á su vista pasaba, prorumpiendo á cada instante en nuevas quejas. Acabó con ponerla furiosa esa cacería de la que Mentor la habia informado. Supo que el principal cuidado de Telémaco habia sido ocultarse de las otras Ninfas para hablar á solas á Eucaris. Supo tambien que se proyectaba segunda cacería, en la que no dudaba que haria Telémaco lo mismo que en la primera. Para desconcertar sus miras, declaró que queria asistir á ella. Despues, de improviso, no pudiendo templar por mas tiempo su resentimiento, le habló de esta manera.

¿Es así pues, ó jóven temerario, como has venido á mi isla para escapar al justo naufragio que te prevenia Neptuno y á la venganza de los dioses? ¿Has entrado en esta isla, inaccesible á todo mortal, solo para despreciar mi poder y el amor que te he manifestado? ¡Divinidades del Olimpo y de la Estigia, oid los votos de una desgraciada diosa! Apresuraos á confundir á ese pérfido, á ese ingrato, á ese impío. Y pues eres mas cruel é injusto que tu padre, sean tambien mayores y mas crueles tus trabajos. No, no, jamas vuelvas á ver tu patria, esa pobre y miserable Itaca, que no has tenido vergüenza de preferir á la inmortalidad; ó mas bien, perezcas estándola viendo

desde lejos en medio del mar; y hecho tu cuerpo juguete de las olas, sea arrojado sin esperanza de sepultura sobre las arenas de esta playa. Véanle mis ojos devorado por los buytres. La que amas le verá tambien : le verá; sentirá su corazon despedazado al verle, y su desesperacion hará mi felicidad.

Al hablar así, Calipso tenia rojos y encendidos los ojos : sus miradas no se fijaban en ningun punto, y tenian algo de lúgubre y feroz. Sus mejillas temblantes se cubrian de manchas negras y lívidas; mudaba de color á cada instante. A menudo la cubria el rostro una mortal palidez : sus lágrimas no corrian como antes con abundancia; habíanlas agotado al parecer la rabia y la desesperacion; y apenas una que otra corria sobre sus mejillas. Su voz era bronca, trémula y entrecortada.

Mentor lo observaba todo, y no hablaba mas á Telémaco. Le trataba ya como á un enfermo que, por no dar esperanzas, se le abandona. Frecuentemente echaba en él miradas de compasion.

Bien conocia Telémaco su culpa, y cuan indigno era de la amistad de Mentor; así que no se atrevia á levantar los ojos temiendo encontrar los de su amigo cuyo silencio reprendia su debilidad. Queria algunas veces arrojarse en sus brazos, y manifestarle cuanto sentia su error; pero le contenia, ya una vergüenza fuera de lugar, ya el temor de adelantarse mas de lo que queria para salir del peligro; porque el peligro le parecia agradable, y no podia resolverse á vencer su loca pasion.

Congregados en un profundo silencio los dioses y diosas del Olimpo, tenian fijos los ojos en la isla de Calipso, esperando ver por quien quedaba la victoria entre Minerva y el Amor. Este dios jugando con las Ninfas lo habia encendido todo en la isla. Minerva, bajo la figura de Mentor, se servia de los zelos inseparables del amor, contra el Amor mismo. Jupiter habia resuelto ser espectador neutral de este combate.

Entretanto, temiendo Eucaris se le escapase Telémaco, se valia de mil artificios para retenerle en su

redes. Estaba ya para salir con él á la segunda cacería, y su traje era semejante al de Diana. Vénus y Cupido habian cuidado de derramar sobre ella nuevos embelesos, de modo que aquel dia su hermosura eclipsaba la de la misma Calipso. Esta, viéndola de lejos, se miró al mismo tiempo en la mas cristalina de sus fuentes; se avergonzó de verse. Entonces se ocultó en lo interior de su gruta, y habló así sola:

¡Con que en balde he querido estorbar esos dos amantes, declarando que queria concurrir á la cacería! ¿Iré? ¿iré para hacerla triunfar, y hacer que sirva mi hermosura para realzar la suya? ¿para que viéndome Telémaco, se encienda mas en amor hácia su Eucaris? ¡Desgraciada! ¿qué he hecho? No, no iré, ni ellos tampoco irán, bien sabré impedirlo. A buscar voy á Mentor; le rogaré saque de aquí á Telémaco: le conducirá á Itaca. Mas qué digo? ¿qué será de mí sin él? Dónde estoy? qué he de hacer? ¡O cruel Vénus! Vénus, me engañaste! ¡qué presente tan funesto me hiciste! ¡Pernicioso rapaz, inficionado Amor, yo te entregué mi corazon con la esperanza de vivir feliz con Telémaco, y solo introduciste en este corazon inquietud y desesperacion! Mis Ninfas se han rebelado contra mí. Mi divinidad solo sirve para hacer eterno mi infortunio! ¡Oh! si fuese libre de darme la muerte, para poner fin á mi tormento! Telémaco, es preciso que mueras, ya que no puedo morir! Me vengaré de tus ingratitudes: tu ninfa lo verá; te atravesaré á su vista. Pero yo me pierdo. Ó infortunada Calipso! ¿qué pretendes? ¡hacer que perezca un inocente que tú misma has sumergido en este abismo de desgracias! Yo misma encendí la llama fatal en el casto pecho de Telémaco? ¡Que inocencia! qué virtud! que horror al vicio! qué valor contra los vergonzosos placeres! ¿A qué, pues, emponzoñar su corazon? Es verdad que me hubiera dejado; ¿pero ahora no es preciso que me deje, ó que yo, objeto de su desprecio, le vea vivir solo para mi rival? No, no, lo que padezco bien lo merecí. Parte, Telémaco · vete al otro lado de los

mares: deja a Calipso sin consuelo, no pudiendo soportar la vida, ni hallar la muerte: déjala inconsolable, cubierta de oprobio, desesperada, en compañía de tu orgullosa Eucaris.

Así hablaba sola en su gruta; mas de improviso sale impetuosamente: ¿Dónde estais, Mentor? esclama. ¿Así sosteneis á Telémaco contra el vicio que le agobia? Os dormis mientras vela contra vos el amor. Ya no puedo tolerar por mas tiempo esa soez indiferencia que manifestais. ¿Tendréis valor para mirar tranquilo como el hijo de Ulises deshonra á su padre, y olvida el alto destino que le está reservado? ¿Es á vos, ó á mí, á quien sus padres han confiado su conducta? ¡Soy yo quien busca los medios de curar su corazon! y vos, ¿nada haréis? En lo mas espeso de ese bosque se crian robustos chopos buenos para la construccion de navíos: allí fué donde hizo Ulises el que le sirvió para salir de esta isla. Allí mismo hallaréis una profunda caverna, y en ella todo lo necesario para cortar y unir las piezas de una nave.

No bien lo hubo dicho, cuando se arrepintió. Mentor no perdió momento; fué á la cueva, encontró los instrumentos, cortó los árboles, y en solo un dia puso una nave en estado de navegar. Es que el poder y la industria de Minerva no necesitan mucho tiempo para llevar á cabo las mas grandes empresas.

Calipso mientras tanto se hallaba en el mas terrible compromiso: por una parte quisiera ver si Mentor adelantaba su obra, y por otra no podia resolverse á dejar la cacería en la que Eucaris se hallara en plena libertad con Telémaco. Los zelos no la permitian perder de vista á los dos amantes. Pero procuraba que la caza se dirigiese por aquel lado en que sabia que estaba Mentor construyendo la nave. Oia los golpes del hacha y del martillo: aplicaba el oido, y cada golpe la estremecia. Mas en el mismo instante receleba si Telémaco se habia aprovechado de esta distraccion para hacer alguna seña ó echar alguna mirada á la jóven Ninfa.

Entre tanto Eucaris decia á Telémaco en tono de burla: ¿No temeis que os riña Mentor, porque habeis

venido sin él á la caza? ¡Oh! cuanta lástima causa veros vivir bajo la direccion de tan severo maestro! Nada basta á templar su austeridad: afecta ser enemigo de los placeres; no permite que disfruteis de ninguno: del mas inocente os reprende como de un crímen. Estaba bien que os dirigiese mientras no estuvieseis en estado de conduciros por vos solo; pero despues de haber dado tantas pruebas de prudencia, no debeis permitir que os trate como á un niño.

Estas artificiosas palabras atravesaban el corazon de Telémaco, y le llenaban de despecho contra Mentor, de cuyo yugo deseaba libertarse. Temia volverle á ver, y su turbacion no le dejaba contestar á Eucaris ni una sola palabra. Por fin, al anochecer, habiéndose pasado la caza en medio de una sujecion continua por una y otra parte, regresaron por un lado del bosque cercano al paraje donde Mentor habia estado trabajando todo el dia. Desde lejos alcanzó á ver Calipso acabado el navío: al instante se le cubrieron los ojos de una densa niebla, semejante á la de la muerte. Sus rodillas trémulas no la podian sostener: un sudor frio corrió por todos sus miembros; vióse precisada á apoyarse en las Ninfas que la asistian; y alargando Eucaris la mano para sostenerla, la repelió echando en ella una mirada tremenda.

Cuando vió Telémaco el navío, y no á Mentor, que se retirara luego que le hubo acabado, preguntó á la diosa de quien era, y que destino tenia. Apenas acertaba Calipso á responderle: mas, recobrada un poco, le dijo: Le he mandado construir para que Mentor se retire; con lo cual quedarás libre de ese amigo severo que se opone á tu felicidad, y que te mirara con envidia si te volvieses inmortal.

Mentor me abandona! estoy perdido! esclamó Telémaco. Eucaris, si me deja Mentor, ya no me queda mas que vos. Escapáronsele estas palabras en el arrebato de su pasion: conoció la imprudencia que habia cometido en decirlas; pero le habia faltado la libertad necesaria para atinar en el sentido de estas palabras. Eucaris, ruborizada y los ojos bajos, se quedaba atrás,

conturbada, sin atreverse á presentarse. Pero, mientras que el rubor se mostraba en su rostro, el gozo estaba en su corazon. Telémaco no sabia lo que le pasaba, ni como pudo andar tan indiscreto. Lo que habia hecho le parecia un sueño, pero un sueño que le dejaba confuso y turbado.

Calipso, mas furiosa que una leona á quien han robado sus cachorros, corria al traves del bosque sin direccion fija, y sin saber adonde iba.

Hállase por fin á la entrada de su gruta, donde Mentor la estaba esperando. Salid, dijo, de mi isla, ó estranjeros que habeis venido á turbar mi reposo. Fuera de aquí ese insensato jóven. Y vos, imprudente anciano, esperimentaréis lo que puede el enojo de una deidad, si no le quitais de aquí al momento. No quiero verle mas; no quiero que le hable ni le mire ninguna de mis Ninfas. Así lo juro por las ondas de la Estigia, juramento que hace temblar á los mismos dioses. Mas sabe, ó Telémaco, que no se han acabado tus trabajos: ingrato! no saldrás de mi isla sino para padecer nuevas desgracias. Yo me veré vengada; tú echarás menos á Calipso, pero en vano. Irritado todavía Neptuno contra tu padre por las ofensas que le hizo en Sicilia, é instigado por Vénus, á quien despreciaste en Chipre, te prepara nuevas tempestades. Verás á tu padre, que aun vive: sí; pero le verás sin conocerle. Te unirás á él en Itaca, pero será despues de haber esperimentado la suerte mas cruel. Vete, yo ruego á las potestades celestiales que me venguen. ¡Ojalá te hallares en medio de los mares, pendiente de las puntas de una roca, herido del rayo, invocando en vano el nombre de Calipso, á quien tu suplicio colmará de gozo!

No bien habia pronunciado estas palabras, ya estaba dispuesta á tomar resoluciones contrarias. El amor renovó en su corazon el deseo de retener á Telémaco. Viva, decia en su interior, y permanezca en mi isla: acaso llegará á conocer cuanto he hecho por él. Eucaris no podria, como yo, darle la inmortalidad. ¡Mas ah! que mi ceguedad me ha precipitado! el juramento que he hecho por las ondas de la Estigia me quita toda esperanza! Nadie oia estas palabras; pero velanse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

pintadas en su rostro las furias, y todo el pestífero veneno del negro Cocito parecia que se exhalaba de su corazon.

Estaba Telémaco sobrecogido de horror. Lo que no se le oculto á Calipso; porque ¿qué no descubre el amor zeloso? y este mismo asombro de Telémaco redobló el furor de la diosa. Parecida á una bacante, que llena los aires con sus alaridos, y hace estremecer los altos montes de la Tracia, corria al traves de los bosques con un dardo en la mano, llamando á todas sus Ninfas, y amenazando atravesar á las que no la siguiesen. Acuden todas temiendo la amenaza; y hasta la misma Eucaris la sigue, bañados los ojos en llanto, y mirando de lejos á Telémaco, á quien ya no se atreve á hablar. Estremécese la diosa al verla cerca de sí; y en lugar de aplacarse con la sumision de la Ninfa, concibe nuevo furor de ver que la afliccion aumentaba su hermosura.

Telémaco habia quedado solo con Mentor. Abraza sus rodillas, pues no se atrevia á abrazarle de otro modo, ni aun á mirarle; hecho un mar de lágrimas quiere hablar, mas fáltanle la voz y las palabras, no sabe lo que debe hacer, ni lo que hace, ni aun lo que quiere. Por fin esclama : Padre mio! mi verdadero padre! mi Mentor! libradme de tantos males. No puedo dejaros, ni seguiros. Libradme de tantos males, libradme de mí mismo, dadme la muerte.

Abrázale Mentor, le consuela, le anima, le enseña á sufrirse á sí mismo sin lisonjear sus pasiones, y le dice : Hijo del sabio Ulises, que tan amado has sido, y aun eres, de los dioses, sabe que por un efecto de su amor padeces tan crueles tormentos. El que no ha conocido su propia debilidad y la violencia de sus pasiones, no es todavía sabio, porque ni puede conocerse, ni tener de sí desconfianza. Los dioses te han conducido como por la mano hasta la orilla del abismo, para que veas su espantosa profundidad sin dejarte caer en él. Conoce ahora lo que nunca hubieras conocido si no lo hubieses esperimentado. En vano se te hablara de las traiciones del amor que halaga para perder, y

que, bajo la apariencia de la dulzura, oculta las mas crueles amarguras. Vino ese niño lleno de alegría, inspirando risas, convidando con juegos, y adornado de todas las gracias. Le viste, te robó el corazon, y sentiste placer en que te le robase. Despues buscabas pretestos para desconocer la herida de tu corazon, procurando engañarme, y engañarte á tí mismo; nada temias. Ve los efectos de tu temeridad : tú pides ahora la muerte, y es la única esperanza que te queda. La diosa se parece á una furia infernal; Eucaris se abrasa en un fuego mas cruel que los dolores de la muerte : en una palabra, todas las Ninfas ardiendo en zelos están para despedazarse mutuamente. Esto es lo que hace el traidor Cupido, que al principio se presenta tan afable y lisonjero. Recobra todo tu valor. Reconoce cuanto debes á los dioses, y cuanto te aman, pues te abren tan seguro camino para que huyas del Amor, y vuelvas á tu patria : la misma Calipso se ve precisada á echarte de la isla. El navío está pronto : ¿porqué tardamos en dejar esta isla en la cual no puede habitar la virtud?

Diciendo esto, le tomó de la mano, y se le llevaba hácia la playa : Telémaco le seguia como á pesar suyo, mirando siempre atrás. Contemplaba á Eucaris que se alejaba de él; y ya que no podia verla el rostro, miraba sus hermosos cabellos trenzados, sus vestidos flotantes, y su noble modo de andar : quisiera en aquel momento poder estampar los labios donde ella ponia los piés : no la veia ya, y aun aplicaba el oido, creyendo oir su voz. Aunque ausente, la estaba viendo : representábasela su imaginacion : hasta parecíale que le hablaba, no sabiendo donde se hallaba, y no pudiendo escuchar á Mentor.

En fin volviendo en sí como de un profundo sueño, dijo á Mentor : Estoy resuelto á seguiros, pero aun no me he despedido de Eucaris; y preferiria la muerte á abandonarla así como un ingrato. Permitidme que la vea por última vez, y que la dé un eterno á dios, ó que pueda á lo menos decirla : Ninfa, los dioses crueles, los

dioses envidiosos de mi dicha, me precisan á que te deje; mas antes me arrancarán la vida que tu nombre de mi memoria. Padre mio, ó dadme este último consuelo que es tan justo, ó la muerte. No creais que quiero permanecer aquí, ni abandonarme al amor: nada menos. Mi corazon le desconoce; es amistad y reconocimiento el que á Eucaris profeso. Bástame decirla á dios, y al momento partimos.

¡Cuánto te compadezco! le respondió Mentor. Es tan furiosa tu pasion, que no la conoces. Ya lo ves, te crees tranquilo, y deseas la muerte: te atreves á lisonjearte de que no conoces al amor, y no tienes valor para dejar á esa ninfa que amas: solo á ella ves, á ella oyes, y para todo lo demás estás sordo y ciego. El calenturiento que delira, dice que no está enfermo. ¡Ah, ciego Telémaco, estabas dispuesto á renunciar á Penelope que te espera, á no ver ni conocer á Ulises, á olvidar á Itaca tu patria, donde has de reinar; dispuesto estabas á renunciar á la gloria, y al alto destino que los dioses te han prometido por medio de tantas maravillas obradas en tu favor; todo lo renunciabas por vivir sin honor con Eucaris: y dices sin embargo que no es amor el que á ella te aficiona! Si esto no, ¿qué es, pues, lo que te inquieta? ¿porqué apeteces la muerte? ¿porqué tan enajenado hablaste en presencia de la diosa? No te acuso de mala fe, compadezco tu ceguedad. Huye, Telémaco, huye: en la fuga está la victoria. Contra semejante enemigo el verdadero valor consiste en temer y huir; y no así como quiera, sino en huir sin pararse á deliberar, ni aun á mirar atrás. No creo que hayas olvidado los desvelos que me has costado desde tu infancia, y los peligros de que mis consejos te han sacado. Así que, no hay medio, ó créeme tambien ahora, ó permíteme que te abandone. ¡Si supieras cuán doloroso me es verte correr a tu precipicio! ¡y cuánto he sufrido en todo el tiempo que no me he atrevido á hablarte! no le costó tanto darte á luz á la madre que te dió el ser. He callado, he disimulado mi pena, hasta los suspiros he sofocado á ver si te resolvias por tí mismo á buscarme. ¡Ay, hijo

mio! ¡querido hijo! consuela mi corazon, vuélveme lo que mas amo, restitúyeme á Telémaco; sí, restitúyete a tí mismo. Si puede mas contigo la sabiduría que el amor, viviré, y viviré feliz; pero si te arrastra el amor á despecho de la sabiduría, Mentor no puede vivir mas tiempo.

Mientras así hablaba, seguia andando hácia el mar, y aunque Telémaco no tenia el valor necesario para seguirle espontáneamente, tenia ya el que bastaba para dejarse llevar sin resistencia. Minerva, siempre oculta bajo la figura de Mentor, invisiblemente cubria con su égida á Telémaco, y le comunicó un rayo de luz divina, y con él cierto valor que no habia sentido desde que entró en la isla. Por último llegaron á la ribera; y queriendo ver si el navío que Mentor habia hecho estaba en el mismo lugar en que le dejó, subieron á una montaña escarpada, ó mas bien á una eminente roca, batida siempre del mar, desde donde vieron el mas triste espectáculo

Resentido vivamente el Amor, no solo de que un viejo desconocido fuese insensible á sus flechas, sino aun mucho mas de que sustrajese á Telémaco de su dominio, lloraba de despecho, y se fué á ver con Calipso, que andaba vagando por lo mas intrincado de las umbrosas selvas. No pudo la diosa verle sin gemir: á su vista se renovaron las heridas que la habia hecho. ¿Es posible que, siendo vos diosa, le dijo el Amor, os dejeis vencer de un débil mortal, que es además vuestro cautivo! ¿porqué le dejais salir? — Oh pérfido Amor, le respondió Calipso, ya estoy escarmentada de tus perniciosos consejos. Tú me sacaste del seno de la paz en que descansaba para precipitarme en un abismo de males. Ya está resuelto. Jurado tengo por las aguas de la Estigia dejar partir á Telémaco. El mismo Júpiter, el padre de los dioses con todo su poder no se atreviera á violar tan solemne juramento. Salga, pues, Telémaco de mi isla: y tú, infame rapaz, sal tambien: mayores males me has causado tú que él.

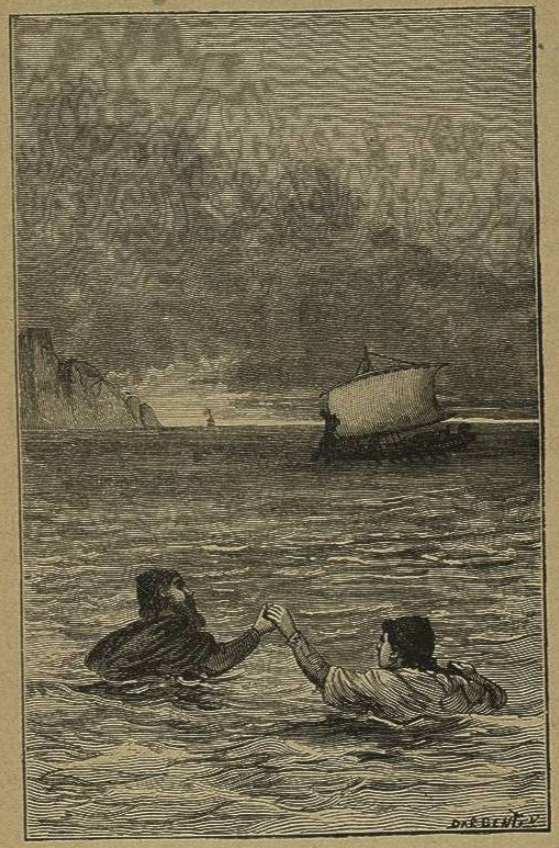
Enjugándose el Amor las lágrimas, le dijo con maligna sonrisa. En verdad, Calipso, que es grande ese obs-

táculo: sin embargo dejadlo á mi cuidado, cumplid vuestro juramento, no os opongais á que Telémaco parta; pero ni vuestras ninfas ni yo hemos jurado por las aguas de la Estigia dejarle salir. Yo les inspiraré el designio de incendiar el navío con tanta brevedad construido por Mentor; y si entonces os sorprendió tanto su diligencia, yo os ofrezco que no quedará él menos sorprendido de la prontitud con que yo la inutilice, sin que despues le reste ningun arbitrio para arrebataros á Telémaco.

Estas lisonjeras palabras hicieron renacer en Calipso la esperanza y la alegría. Como un blando céfiro á la márgen de un arroyo recrea con su frescura el fatigado rebaño que con los ardores del estío está ya desmayado y abatido, así este discurso del Amor vivificó las esperanzas de la diosa. Serenósela el rostro, los ojos recobraron su alegría, y los negros cuidados que la devoraban se alejaron de ella por aquel momento. Sonrióse é hizo mil caricias al loquillo Amor, pero estas mismas caricias la preparaban nuevos disgustos.

Satisfecho Amor de haber persuadido á la diosa, partió á persuadir tambien á las ninfas, que andaban errantes y dispersas por aquellos montes como anda un rebaño de ovejas que la rabia de los hambrientos lobos ha hecho huir lejos de su pastor. Congrégalas Cupido, y les dice: aun está Telémaco en vuestro poder. No perdais momento en poner fuego á esa nave que el temerario Mentor ha hecho para llevársele. Inflamadas las ninfas encienden con presteza antorchas, corren furiosas á la playa, dando terribles alaridos, y entregan al aire el cabello como unas Bacantes. Ya suben al cielo las llamas que consumen la nave hecha de maderas secas y embreadas, arrojando torbellinos de humo y fuego hasta las nubes.

Desde la roca en que estaban, Telémaco y Mentor veian el incendio, y oian la algazara de las ninfas. No le faltó mucho á Telémaco para alegrarse tambien, porque su mal aun no estaba curado, y á Mentor no se le ocultaba que su pasion era como un fuego mal apagado que de cuando en cuando se deja ver entre sus cenizas. ¡Vedme dijo Telémaco, otra vez preso en las



Viendo que Mentor le alargaba la mano para ayudarle á nadar, ya no pensaba más que alejarse de la isla fatal.

mismas redes! Ya no nos queda esperanza alguna de salir de esta isla.

Conoció Mentor su espíritu, y lo expuesto que estaba á reincidir si perdia un momento en evitarlo. Y alcanzando á ver á lo lejos en medio del mar un navío parado que no se atrevia á acercarse á la isla, porque sabian todos los pilotos que era inaccesible á los hombres, empuja á Telémaco, que se hallaba sentado en el borde de la roca, le precipita al mar, y se arroja tras él. Quedó Telémaco tan aturdido de esta violenta caida, que bebió del agua salada, y vino á ser el juguete de las ondas. Pero vuelto en sí, y viendo que Mentor le alargaba la mano para ayudarle á nadar, ya no pensaba mas que en alejarse de la isla fatal.

Cuando las ninfas creian tenerles mas seguros, y vieron que ya les era imposible impedir su fuga, gritaban furiosas. Calipso inconsolable se volvió á su gruta, ocupando todos los ámbitos de ella con espantosos alaridos; y el Amor, viendo su triunfo trocado en vergonzoso vencimiento, se remontó en los aires, batiendo las alas, y se huyó al frondoso bosque de Idalia, donde le esperaba su cruel madre; el hijo, aun mas cruel, no tuvo consuelo, sino riéndose con ella de todos los males que habia causado.

A proporcion que Telémaco se iba alejando de la isla, sentia con placer que iba recobrando el esfuerzo y su amor á la virtud. Ahora conozco, le decia á Mentor, la justicia de vuestros consejos, que mi inexperiencia no me dejaba conocer entonces: ahora conozco que no se vence el vicio sino huyendo. Ahora conozco tambien cuanto me aman los dioses, pues me dan en vos tantos auxilios, cuando tan justamente merecia que me privasen de ellos y me abandonasen á mí mismo. Ya no temo al mar, ni á los vientos, ni á las tempestades; nada temo ya sino á mis pasiones: el amor por sí solo es mas temible que todos los naufragios.